



Grandes Pírramas

El síndrome de Stendhal



ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

En mi última visita a Roma, me contó la directora de la Academia Española de esa ciudad que, a menudo, los estudiantes extranjeros que seguían algún curso de posgrado sufrían una especie de neuritis de angustia, cuyo origen no era otro que la ansiedad continua que experimentaban al ver que las semanas y los meses transcurrían y siempre les quedaban demasiadas cosas por hacer.

En las glorias universitarias se sentían desorientados entre el cumplimiento de su programa de estudios y la necesidad, muy comprensible, que se les iba creando día a día de haber visitado, al menos medianamente bien, una ciudad cuya oferta artística crece a la par que el nivel cultural del visitante. A mayor cultura, mayor necesidad de agotar, en la medida de lo posible, la inagotable oferta histórica de la Ciudad Eterna.

Y cada vez que un estudiante repetía un viaje con todo lo que había visitado en un día de agosto, otro estudiante se encargaba de señalarle el buen estado de ánimo al probable que él, en cambio, había recorrido la ciudad en otra dirección, igualmente fascinante. Al primero de ellos le felicitaba, por conseguir, en un día y medio, y en esta batalla y en esta plaza y aquella maravillosa estatua. Y muy probablemente, también al segundo le felicitaba por todo lo que el primero había visto.

Todos los caminos no señalan Roma

Creo ya que algo similar le puede suceder a mucha gente en cualquier parte de Italia. En Francia, todos los caminos del camino señalan hacia París, desde que se cruza la frontera y entra en la autopista. En Italia, en cambio, los caminos con la palabra Roma suelen aparecer sólo cuando ya uno se encuentra cerca de esta ciudad. Y cuando uno visita Venecia, Bolonia, Florencia, Nápoles y muchas otras ciudades más del norte, centro o sur del país, tiende a olvidarse por completo de la capital. Tal cosa se debe, por supuesto, a que, hasta muy avanzado el siglo XIX, Italia estaba dividida en una serie de repúblicas que, en sus distintos momentos, actuaban en respectivos florecimientos económicos, políticos y artísticos.

Siempre habré, para, demasiado Italia que visitar y muy poco se gana a este nivel con haber visitado una buena temporada en alguna de sus fascinantes ciudades. Recordando los meses de estudiante que pasó en Perugia como algo tan desconocido y bello como cualquier

se y breve. Dedicaba los fines de semana a visitar Roma, Florencia, Asís, Spoleto y Arezzo, pero hoy sería incapaz de dar una opinión medianamente correcta sobre el conjunto artístico que caracterizaba a cada una de estas ciudades que tan feliz me hicieron.

Nada se veía como tener todas, pero no hay cuadros capos de cuadros los cuadros que uno quisiera mantener siempre vivos y al alcance de la mano sobre un pedestal como para ca-

ber en la experiencia de toda una vida. Sin duda alguna, a ello se debe el hecho de que la mayor parte de los escritores italianos se limitan a escribir acerca de una sola región, cuando no de una sola ciudad.

Alias Stendhal

Al increíble fabulador que fue Henry Beyle, entre otras cosas de apodo ha pertenecido el de Stendhal, le corresponde la gloria

de haber hecho de toda Italia algo universalmente íntimo y personal. Nació en Grenoble, en el seno de una familia poco rica, Stendhal odió su ciudad y sus señores pero como llegó a amar Italia, a la larga de todo un proceso de reconversión de la realidad él mismo, creó tanto el gusto que lo llamaron, ha sido el único escritor capaz de inventarse una Italia a la medida de sus más grandes sueños y más grandes fracasos.

En un increíble proceso de cristalización, Stendhal e Italia llegaron a ser espiritualmente la misma cosa, y mucha gente me ha dicho con una indiferencia casi apática: los amigos italianos a los que les he dicho, como quien intenta ir al fondo de las cosas, que Stendhal inventó Italia y que hoy los italianos tienen que leer e imitar a Stendhal para parecer italianos. Y cuando no lo hacen, el parecido es resultado de un proceso de desmemoria.

En fin, creo que Italia se apropió, y a un grado modesto, la personalidad del creador del apodo, mientras que éste fue apropiando una cierta manera de ver Italia, una cierta manera de conocerla y sentirla, que con los años ha terminado por convertirse en una cierta idea o en una idea cierta que todos tenemos de este país.

El amor de Stendhal por Italia no fue producto de un flechazo, de ninguna manera fue un amor a primera vista. Por el fruto de un siempre placentero esfuerzo destinado a discurrir toda la vida de un país en una sensibilidad novelesca. Fue, a la vez, saqueo y reinención de la realidad. Fue pasión consciente y metida, y construcción de metida. En Italia se ama mejor, observa y dice Stendhal al mismo tiempo, y de ahí a convertirse a este país en el territorio natural de la pasión mediana una sola una

cuerdas cortas a algún gran personaje, a algún amigo, o a alguna dama. Y si quedaba alguna legítima, pero se llenaba con unas cuantas cortas más o tendidas con algunas cuartillas más.

Para Stendhal, fabulador siempre a sueldo, jamás pareció haber existido nada alguna para diferenciar una carta de una cuartilla de novela. No temeramente se lo impedía, como le impedía detenerse a relevar en los inventivos que borran los límites entre realidad y ficción. Es, por consiguiente, muy difícil permanecer llamado mínimamente por haber escrito unas cuantas cartas sobre un viaje a Sicilia que jamás realizó.

La vida y la obra del autor de La Cartuja de Parma late en cada paso que uno da por suelo italiano. Aunque no se le haya leído, diría yo. Pero, claro, a mí se me ha acusado muchas veces de tener una devoción excesivamente incondicional por la vida y la obra de este gran novelista, y de llegar a exageraciones como la que he mencionado hacer un momento, acerca de la necesidad que siento hoy los italianos de conocer a Stendhal para parecer italianos.

Puede ser que exagero, o, más sencillamente, puede ser que mi tendencia al glosar me diferencia bastante del hombre común y corriente. Esto último, por supuesto, tiene muchas desventajas desde el punto de vista de la vida práctica y se podría considerar más como un defecto que como una cualidad. No lo niego. Pero, en cambio, ¿qué mucho, hacer poco, cuando me enfrento de que en Italia acababa de publicar un libro titulado El síndrome de Stendhal.

Las manifestaciones de este mal (maños, jaqueras, insomnio, taquicardia) me hicieron acordar inmediatamente la conversación que había tenido con la directora de la Academia Española, durante mi última visita a Roma. En esa conversación que, según me contó ella, sufría de verdaderas crisis de angustia, fue de la escritura oferta artística de la Ciudad Eterna, sin duda alguna jamás había penetrado en el placentero espíritu stendhaliano, no tenía manera de saber contener (no frenar, sino controlar) una pasión.

Y como tantos otros visitantes y turistas que pretenden adorar Italia, sólo logran adorar su viaje por un territorio esencialmente destinado al apodo y al delicioso lujo de perder el tiempo. Modernos y con adioses se refugian a una Italia sin civil alguno, sin tiempo, siniente e íntima, elegante y divina. La consecuencia de esta reconversión tiene ya un nombre científico: síndrome de Stendhal. (Copyright Agencia Eja)



AUTORÍA

Bryce Echenique, Alfredo, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El síndrome de Stendhal [artículo] Alfredo Bryce Echenique. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile